La tienda marciana
Howard Fast




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*Estos son los hechos fundamentales que conoció el sargento de policía Tom Bristol cuando le ordenaron que abriera la puerta y entrara. Se decía, es cierto, que los cerrajeros de Centre Street podían abrir todo lo que estuviera cerrado, y esa reputación no era inmerecida. Pero aquella puerta era una excepción. En consecuencia, Bristol fue a abrir la puerta con dos hombres uniformados, palancas de hierro, y todas las otras herramientas que pudiesen ser necesarias. Pero antes estudió un resumen de los hechos.*

Se había comprobado que las tres tiendas habían abierto sus puertas el mismo día y a la misma hora; y que los tres locales habían sido alquilados el mismo día y que las escrituras habían sido firmadas a la misma hora. La tienda de Tokio se encontraba en la mejor parte de La Ginza. El local había estado ocupado por una excelente joyería y relojería, quizá la segunda o tercera entre las mejores de todo el Japón; los joyeros habían rescindido la escritura de dominio, negándose dar a la prensa explicación alguna. Sin embargo, posteriormente se reveló el precio pagado a la joyería por la compra de su arriendo: cincuenta diamantes de exactamente tres quilates cada uno, todos tan semejantes, tan idénticos en su perfección, que los peritos en diamantes consideran la existencia misma de la colección, hasta entonces desconocida, como un acontecimiento único en la larga historia de las joyas.

La tienda de París estaba, por supuesto, en el Faubourg St. Honoré. No había locales desocupados en ese tiempo, y la escritura de arrendamiento de un famoso modisto fue comprada por cuarenta millones de francos. El modisto (su nombre se omite a pedido del gobierno francés) dio el precio de la broma, pues no tenía el propósito de ceder el local. Cuando el agente del comitente libró inmediatamente un cheque, tomándole la palabra, el modisto no tuvo más remedio que cerrar el trato.

La tercera tienda estaba en la Quinta Avenida de Nueva York. Tras treinta años de actividad en la avenida, los diez últimos cada vez menos beneficiosos, la vieja y sólida casa Delbos renunció a luchar contra las mercaderías modernas. Los administradores del local que había ocupado tuvieron el placer de liberar a Delbos de un arrendamiento firmado en 1937, y se apresuraron a duplicar el precio del alquiler. La Slocum Company, actuando como agente de los comitentes, no protestó por el aumento, firmó la escritura y pagó un año del alquiler.

Arthur Lewis, uno de los socios más jóvenes de la Slocum Company, se encargó también de las negociaciones con Trevore, la casa decoradora; le entregó planos detallados para la refacción y la decoración del local, y aceptó el precio. No obstante, hizo conocer claramente las instrucciones concretas de su cliente: aceptar cualquier precio y tratar únicamente con las empresas que él le había indicado. Lewis dijo a Trevore que la Slocum Company detestaba semejantes prácticas y que no se repetirían en el futuro.

Cuando se redactaba este resumen, el señor Samuel Carradine, de la Compañía Trevore, mostró los planos originales para la refacción y la decoración del local; es decir, los planos que le había entregado el señor Lewis. Estaban dibujados a mano en un papel amarillo pálido, fino pero fuerte. Dos peritos en papel han examinado ya esos planos, pero no pueden identificar el papel, ni han visto nunca otro igual. Afirman que no está hecho ni con pulpa ni con fibras.

Desde este punto en adelante la historia de los tres locales es bastante similar, y no nos referiremos aquí sino a la tienda de la Quinta Avenida. En los tres casos el alquiler y las modificaciones fueron convenidos en circunstancias análogas; en los tres casos los acontecimientos se desarrollaron de modo parecido, dentro de las normas culturales de cada país. En los tres casos, además, la decoración del local era de un gusto excelente, raro, pero que no obstante armonizaba hábilmente con el aspecto general de la calle.

Trevore cobró más de cien mil dólares por la refacción y decorado. El frente de la tienda fue revestido de paneles ajedrezados de acero inoxidable. Los vanos de las ventanas fueron ensanchados y una magnífica puerta de bronce reemplazó a la anterior de madera de roble. El

interior se pintó de negro y carmesí; se pusieron cortinas y alfombras de color amarillo mostaza, y se instalaron escaparates y vitrinas de bronce y cristal. Sin duda las tres tiendas fueron diseñadas con un gusto excelente, si no soberbio; el resultado fue raro, audaz. El señor Ernest Searles, jefe del departamento de embellecimiento de la Quinta Avenida, señaló ciertos conceptos angulares —es decir, grados de ángulo insólitos— nunca utilizados hasta entonces por los decoradores norteamericanos.

En la Quinta Avenida, como en los otros casos, el punto central de la decoración era una reproducción en cristal del planeta Marte, suspendida del cielo raso, y que giraba con el mismo movimiento del planeta. Todavía no se ha determinado qué clase de mecanismo mueve esos globos. Los globos, que muestran un raro y notable plano de la superficie de Marte, fueron instalados por los dueños de la tienda cuando Trevore terminó su trabajo de refacción y decoración. Aunque el frente de la tienda es espléndido, tiene ese aspecto de costosa modestia que caracteriza a Tiffany. Lo último que se instaló fue el nombre de la tienda, PRODUCTOS MARCIANOS, en letras doradas en relieve de quince centímetros de altura. Hoy sabemos que ese letrero es de oro puro.

Las tres tiendas abrieron sus puertas al público a las diez de la mañana del día diez de marzo, según la hora y el día locales. En Nueva York el letrero PRODUCTOS MARCIANOS fue exhibido durante ocho días y despertó gran curiosidad, tanto entre el público como en la prensa. Pero hasta la apertura de las tiendas no se dio información alguna.

Durante esos días se exhibieron cuatro objetos en los escaparates de la tienda, en un pequeño pedestal de cristal, enmarcados de terciopelo negro como si fueran joyas preciosas. Los objetos fueron un reloj, una máquina de sumar, un pequeño motor y una caja de música. Sólo el reloj tenía aspecto de reloj; era un instrumento de gran precisión que funcionaba, como otros relojes, con las variaciones de la presión atmosférica. Sin embargo, el diseño, los materiales y su belleza superaban a todo lo que se podía conseguir en el mercado corriente.

La máquina de sumar era un cubo negro de unos quince centímetros por lado. En la cubierta, de algún material sintético o plástico indeterminado, habían unos raros jeroglíficos blancos y dorados que han llegado a ser conocidos como «escritura marciana». La máquina se adaptaba rápida y fácilmente al sonido de la voz, y calculaba de acuerdo con la instrucción vocal.

Los resultados salían por una pequeña ranura en la parte superior, impreso en un papel análogo al mencionado antes. Teóricamente, esa máquina de calcular podía ser construida en la actualidad sólo por dos talleres, uno en Alemania y el otro en Japón. El costo sería enorme; en verdad, se necesitarían años de trabajo de laboratorio para que pudiera sumar, restar, multiplicar y dividir con números de trece dígitos y todo mediante órdenes vocales.

El motor tenía el tamaño de una máquina de coser eléctrica, era de algún metal azul y pesaba poco más de seis kilos. Se le aplicaba fácilmente a una embarcación, un automóvil o cualquier vehículo. Era un motor de reacción de cuarenta caballos de fuerza, y contenía, casi microscópicamente, su propio generador atómico, garantizado para mil horas de funcionamiento continuo. Mediante un silenciador, para el que todavía no se ha descubierto ni siquiera la solución teórica, producía menos ruido que un motor de lancha común. En las tiendas no se hablaba de silenciadores, sino de un tono que el oído humano no percibía. Ingenieros competentes opinan que esta explicación no es verosímil.

A pesar de las implicaciones de este motor atómico, lo que más llamaba la atención y lo que provocaba mayor número de especulaciones era la caja de música. De las mismas dimensiones que la máquina de sumar, aproximadamente, era de un material sintético amarillo pálido, con jeroglíficos de color gris oscuro. Funcionaba mediante dos ligeras depresiones en la cubierta; un ligero toque en una depresión la ponía en marcha, y un segundo toque en la misma depresión la detenía. Cuando se tocaba la segunda depresión, cambiaba la categoría de la música. Había veintidós categorías de música disponibles: música sinfónica en tres secciones cronológicas; música de cámara en otras tres secciones; piano solo, violín solo o con acompañamiento; música folklórica de siete culturas; óperas en tres secciones: orquesta, reparto completo y orquesta, y trozos selectos; música religiosa, dividida en cinco categorías religiosas; canciones populares en secciones nacionales; música instrumental para ochenta y dos instrumentos; jazz en cinco categorías y tres categorías de música infantil.

Esos eran los cuatro objetos que se exhibían en los escaparates de las tres tiendas. Podían ser examinados y probados en las tiendas mismas. El reloj se vendía al precio de 500 dólares, la máquina de sumar a 475 dólares, el motor a 1.620 y la caja de música a 700. Y estos precios eran exactamente los mismos, al cambio corriente, en Tokio y París.

El día anterior a la apertura de las tiendas, anuncios de un cuarto de página, sólo en el New York Times, decían sencillamente que los habitantes del planeta Marte anunciaban la inauguración de la tienda en la Quinta Avenida, donde se exhibirían, se harían funcionar y se pondrían a la venta, cuatro productos de la industria marciana. Se explicaba la limitada selección de las ofertas como un primer paso destinado a comprobar las reacciones de los compradores terrestres. Se esperaba, afirmaba además el anuncio, que las relaciones comerciales entre la Tierra y Marte se mantuvieran en el plano más amistoso, y se declaraba que los industriales marcianos no querían trastornar el sistema económico de la Tierra.

Este anuncio no era lo primero que aparecía en la prensa acerca de las tiendas marcianas. Todos los columnistas habían dicho ya algo sobre lo que era, sin duda, uno de los planes de propaganda más nuevos e imaginativos de la era del espacio. Algunos periodistas sabían de muy buena fuente —la ciudad estaba poblada de rumores— que detrás de las tiendas estaba la General Dynamics. Otros nombraban a la General Electric, la Radio Corporation, y hasta una docena de empresas industriales. Se hablaba asimismo de un traficante joven y brillante, un modisto de París y un magnate de la marina mercante griega. Algunos decían haber descubierto un plan de los industriales alemanes para introducirse en el mercado de los Estados Unidos y, por supuesto, había indicios que la Unión Soviética inspiraba ese método con el propósito de destruir el capitalismo. Los ingenieros estaban dispuestos a reconocer la pericia técnica de Rusia, pero los decoradores no admitían que los rusos fueran capaces de decorar con originalidad y buen gusto. Pero hasta que se abrieron las tiendas, y se demostró cómo funcionaban realmente las máquinas, nadie se tomó el asunto demasiado en serio.

El diez de marzo se inauguraron las tiendas en cada una de las tres ciudades. Era lunes en Nueva York. Las tiendas permanecieron abiertas hasta el viernes y luego se cerraron, parece que para siempre.

Pero en esos cinco días acudieron a la tienda de la Quinta Avenida millares de personas. Se mostró cómo funcionaban las máquinas y se aceptaron miles de pedidos, aunque no se admitió ningún pago anticipado. La tienda de Nueva York era atendida por un hombre y cinco mujeres, altas, encantadoras y eficientes. El aspecto que tenían realmente es tema de discusión, pues los seis llevaban unos antifaces de un material gomoso ajustado al rostro.

Curiosamente, el efecto era muy agradable. Guantes del mismo material les cubrían a todos las manos, de modo que ninguna parte de la piel quedaba a la vista.

El miércoles, los productos de Marte ocupaban en la prensa de Nueva York más espacio que las noticias internacionales. Dejaban afuera la crisis del Medio Oriente, y en el Times de Formosa quedó relegada a la página diecisiete. Una docena de autoridades emitió su docta opinión. El tránsito de la Quinta Avenida era imposible, y se recurrió a un centenar de policías extras para mantener el orden y hacer posible la actividad comercial de la avenida. La Asociación de Amigos de la Quinta Avenida decidió solicitar un embargo alegando que PRODUCTOS MARCIANOS desorganizaba la práctica corriente de los negocios. Algo muy parecido sucedía en el Faubourg St. Honoré y en la Ginza.

Ese mismo día miércoles la industria norteamericana despertó al fin, y hubo pánico. En toda la nación se llamó a reunión de directorio. Importantes magnates industriales volaron a Washington; y las acciones de las compañías de aparatos electrónicos, máquinas comerciales y automóviles bajaron dieciséis puntos. El mayor fabricante de máquinas clasificadoras y calculadoras vio cómo se vendían las acciones de su empresa, diez minutos antes que funcionase el indicador eléctrico, con una baja de ciento ochenta puntos. Y lo mismo sucedió en las bolsas de Londres, París y Tokio.

Pero el servicio secreto no se puso en acción hasta el jueves, día en que pidió oficialmente al F.B.I. y al Departamento de Policía de Nueva York que averiguaran quién estaba detrás de los productos marcianos, dónde habían sido fabricadas estas máquinas o, si las habían importado, si se habían pagado los derechos de aduana. La Sureté y la Policía de Tokio habían tomado ya medidas análogas.

Las autoridades trabajaron en vano. Las tres cuentas bancarias eran el resultado de grandes depósitos de dinero hechos por personas muy comunes que no se distinguían de millares de personas comunes. Los agentes actuantes habían recibido por correo plenos poderes, así como instrucciones. Las investigaciones no terminaron hasta el viernes por la tarde.

El viernes, varios organismos del gobierno y de la policía vigilaban ya las tres tiendas. En Nueva York, la policía secreta de la ciudad montó una guardia de veinticuatro horas en la Quinta Avenida, el miércoles por la tarde, antes que llegaran de Washington instrucciones o pedidos. Pero ninguno de los empleados de la tienda salía de ella después de cerrarse las puertas, ni en ningún otro momento. A la noche cubrían los escaparates con cortinas, que ocultaban los objetos exhibidos. A las diez de la mañana descorrían las cortinas.

Durante el viernes se discutió en Nueva York y Washington si convenía impartir la orden de embargo o hacer un reconocimiento. Al mismo tiempo el gobierno vacilaba. Si la tienda era un plan de propaganda de algún grupo industrial, cualquier organismo oficial que interviniese se exponía a quedar en ridículo ante todo el país, y aún a correr riesgos si la parte perjudicada iniciaba una acción legal. Agentes de la policía secreta habían entrado a la tienda y salido de ella un centenar de veces en busca de alguna infracción; pero nada habían encontrando, ni siquiera una excusa.

El viernes por la noche, la tienda de la Quinta Avenida cerró como de costumbre. Bajaron las cortinas. A las once apagaron las luces. A las tres de la madrugada se abrió la puerta de la tienda.

A esa hora de la madrugada del sábado, la Quinta Avenida estaba desierta. En ese momento observaban la tienda cuatro detectives de la ciudad, dos agentes federales, dos miembros del Servicio Secreto Central y tres detectives privados contratados por la Asociación Nacional de Fabricantes. Los once hombres no trataron de ocultarse. La tienda sólo tenía una entrada. Al otro lado de la avenida esperaban cuatro coches.

De la tienda salieron cinco empleados, cargados de paquetes. En ese mismo momento un gran automóvil negro se detuvo frente a la tienda. El conductor abrió la portezuela trasera: los cinco empleados entraron y el coche se puso en marcha, seguido por los otros cuatro coches. Los agentes que vigilaban tenían orden de no intervenir y no arrestar a nadie, sino de seguir a cualquier empleado hasta su destino, e informar por radio.

El coche, parecido a un Continental, pero unos treinta centímetros más largo, tenía una extraña capota, más redondeada que en los coches comunes; fue hacia el centro de la ciudad a una velocidad moderada, y luego salió a la autopista del río Harlem.

Allí aumentó la velocidad a ciento veinte kilómetros por hora. Dos coches policiales que se habían unido a la caravana, hicieron oír sus sirenas y se ordenó por radio a otros coches policiales que cerraran la pista.

En ese momento el coche negro desplegó unas alas, de unos dos metros a cada lado, y se elevó como un avión de reacción. Pareció como si los otros coches se hubieran quedado detenidos en el camino. No fue posible estimar exactamente la velocidad del coche en aquel momento, pero era muy superior a los doscientos kilómetros por hora. El coche despegó en unos pocos segundos, ganó altura rápidamente, y desapareció hacia el este. Fue captado dos veces en el radar: volaba a seis mil metros de altura, y a una velocidad notable incluso para un avión de reacción. La Fuerza Aérea fue notificada inmediatamente, y muchos aviones levantaron el vuelo en segundos, pero no hay informes que mencionen que el coche —o avión— negro fuese visto otra vez, y tampoco lo captó el radar.

El desarrollo de los acontecimientos fue aproximadamente el mismo en Tokio y en París. El personal de la tienda no fue alcanzado ni detenido en ningún caso.

Este fue el resumen que el sargento Bristol examinó antes de ir al centro de la ciudad y forzar la puerta de entrada de Productos Marcianos. No se enteró de nada nuevo y, en realidad, sabía mucho más. Su propia especialidad era ingresar y registrar, pero como casi todos los ciudadanos de Nueva York, había pensado durante días en el intrigante problema de Productos Marcianos. Era muy práctico en el arte de rechazar conclusiones que no estuviesen fundadas en la experiencia, en hechos que él mismo no pudiese comprobar con la vista, el tacto o el olfato. Sin embargo, no podía dejar de imaginar que detrás de la puerta de la tienda esperaba un enjambre de posibilidades. Era aún demasiado joven para no excitarse con su trabajo, y la excitación había ido aumentando a lo largo del día.

Cuando Bristol llegó a la esquina de la calle 52 y la Quinta Avenida, lo esperaban por lo menos unos doce hombres: el jefe de policía, el alcalde, el general Arlen Mack, un coronel del

Servicio Secreto Militar y varios funcionarios del F.B.I. Se habían reunido además unos cien espectadores, contenidos por la policía.

—¡Abra esa puerta! —dijo el jefe de policía, con impaciencia.

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Cuando arrancaron la chapa de bronce, debajo encontraron acero puro. Lo fundieron e hicieron saltar a martillazos el cerrojo. Tardaron casi una hora en abrir la puerta y, como había sucedido en Tokio y París, encontraron la tienda vacía. La hermosa reproducción en cristal del planeta Marte había sido pulverizada; los fragmentos estaban en un cesto, y se los llevaron a Centre Street para analizarlos. Por lo demás, ninguna de las decoraciones había sido alterada o eliminada, ni siquiera las letras de oro puro del frente de la tienda, las que por sí solas valían una fortuna. Pero los ocho productos, los cuatro del escaparate y los otros cuatro utilizados en la tienda para las demostraciones, habían desaparecido.

Los altos funcionarios recorrieron el local durante una hora aproximadamente, examinando el decorado y cuchicheando en los rincones.

A las nueve se fueron y Bristol se puso a trabajar. Dos de los hombres del F.B.I. se quedaron y observaron con admiración silenciosa los métodos de los tres hombres de Centre Street.

La especialidad de Bristol era, como hemos dicho, ingresar y registrar. Tenía cuatro hijos, una mujer a la que adoraba, y era moderadamente ambicioso. Hacía ya largo tiempo que había decidido hacer de su especialidad una ciencia, y luego llevar a esa ciencia a un punto de perfección desconocido. En primer lugar encendió todas las lámparas e inundó la tienda con tres mil vatios de iluminación adicionales. Como la tienda sólo tenía una habitación principal, una pequeña oficina y un baño, el resultado fue considerable. Además, él y sus dos ayudantes llevaban lámparas portátiles en los cinturones.

—La finalidad principal del registro es encontrar lo que se busca —les dijo Bristol a los del F.B.I.

—¿Sabe usted lo que hay que buscar?

—No. Ni lo sabe nadie. Eso facilita las cosas, en cierto modo.

Los hombres de Centre Street quitaron primero las cortinas, extendieron sábanas blancas, cepillaron cuidadosamente las cortinas por ambos lados, las doblaron, las apartaron y recogieron y rotularon el polvo. Luego barrieron todos los pisos, que repasaron por segunda vez con una aspiradora, y el polvo fue cernido, empaquetado y rotulado. En seguida, ajustando a las aspiradoras una nueva bolsa cada vez, repasaron el piso, las paredes, el cielo raso, las molduras y los muebles. Y también las bolsas fueron empaquetadas y rotuladas. Luego desarmaron los muebles tapizados, desmenuzando el paño y el relleno, punzando y desgarrando el caucho espumoso de los cojines. Y una vez más rotularon todo.

—Esto es casi mecánico —explicó Bristol—. Mera rutina. Los análisis químicos y microscópicos los hacemos en el centro.

—¿Mera rutina, eh?

—Me refiero a un problema de esta clase. No investigamos problemas de esta clase más de dos o tres veces al año.

A las dos de la madrugada, los hombres del gobierno fueron a comprar café y sandwiches, y volvieron con una caja de comida para los hombres de la ciudad. A las cuatro, el alfombrado había sido llevado a Centre Street; en el baño habían sido arrancadas las baldosas, las cañerías estaban desconectadas, y todos los artefactos desmontados. A las seis de la mañana del domingo, a la luz fría y gris de la aurora, los hombres de Bristol examinaban todas las piezas de madera o metal de la tienda.

Hicieron el descubrimiento en un escritorio, un escritorio moderno de diseño sueco, de madera de abedul, con un listón en el frente. Cuando arrancaron el listón, Bristol encontró una película de unos dos centímetros de largo y tres milímetros de ancho. La levantó a la luz con unas pinzas, la miró con una lupa, y descubrió que era una película fotográfica. Había dieciséis fotografías completas y parte de otra.

Minutos después, Bristol estaba en un auto con los hombres de gobierno, corriendo hacia Centre Street. Sólo entonces se permitió dar una opinión:

—Deben de haber estado trabajando en la película —observó—. He leído que eran muy ordenados y escrupulosos. Pero hasta una persona ordenada puede perder algo. Incluso un marciano —terminó en un tono de duda.

Aunque parezca raro, los funcionarios del gobierno no hicieron comentario alguno.

Se ha hablado mucho de Bristol, y se ha dicho que llegará lejos. Ya lo han ascendido y sin duda su nombre aparecerá en las crónicas del futuro. El profesor Julius Goldman tampoco será olvidado: Jefe del Departamento de Lenguas Semíticas de la Universidad de Columbia, era también el principal filólogo del hemisferio occidental, si no del mundo, y a él, tanto como a otros, se le puede atribuir el mérito de haber descifrado la escritura cretense primitiva. Se dice que en el mundo no hay una lengua importante, viva o muerta, que no pueda hablar con fluidez.

Ese martes, el siguiente a la fecha en que entraron a la tienda las autoridades, el Presidente de los Estados Unidos convocó a una reunión ampliada de gabinete en la Casa Blanca. Además de los miembros regulares del gabinete se habían reunido allí otras cuarenta y dos personas, entre ellas Julius Goldman. Y no era sólo él quien parecía demacrado por la falta de sueño. Todos habían leído y estudiado una versión algo aumentada del informe oficial. El Presidente inició la reunión pasando revista a los hechos, mencionó algunas opiniones de los peritos, y luego dijo:

—Como la mayoría de ustedes sabe, gracias a la energía y el ingenio del departamento de policía de Nueva York, descubrimos un trozo de película en la tienda de la Quinta Avenida. Les hablará ahora el profesor Julius Goldman de la Universidad de Columbia, nuestro máximo filólogo. Su contribución a la solución de este problema no puede ser excesivamente estimada.

El profesor Goldman explicó serenamente que él no había encontrado ninguna solución a la que no hubiesen contribuido también sus colegas, que no asistían a la sesión. Los seis habían preparado una declaración que leería en nombre de todos. Pero antes deseaba mostrar las fotografías.

Apagaron las luces de la sala. En un extremo de la habitación, sobre una pantalla, apareció la primera imagen: una superficie cubierta de líneas verticales, lo que se llamaba ya el jeroglífico marciano. Luego de otra fotografía similar apareció la «Piedra de Roseta». Arriba, en letras latinas, se leía esta inscripción:

«Compuesto para varones blancos, de 16 a 19 años de edad.»

Y directamente debajo, también en inglés, decía:

«Advertencia general. En caso de huida o resistencia, estimulación permanente del nervio trigémino.»

Y debajo:

«Cámara de alimentación: hembras de piel amarilla, de 7 a 10 años de edad.»

Y un verso final en inglés:

«He viajado mucho por los reinos del oro.»

Debajo de esas líneas en inglés, había varias columnas verticales de jeroglíficos.

El profesor Goldman explicó:

—Esta fotografía nos dio la clave, aunque no pretendemos conocer exactamente el significado de las inscripciones. Las autoridades médicas han indicado que cierto tipo de irritación del nervio trigémino puede ocasionar el dolor más exasperante que conozca el ser humano. La inclusión del verso de Keats carece por completo de sentido; quizá pueda encontrarse alguna explicación en el futuro. Las otras fotografías, como ustedes ven, muestran sólo jeroglíficos.

Encendieron las luces. El profesor Goldman parpadeó, cansado, se limpió los anteojos y dijo:

—Antes de presentar nuestra declaración, y con la indulgencia de ustedes, he de decir unas pocas palabras acerca del lenguaje.

»Cuando nosotros, los filólogos, pretendemos haber develado el misterio de alguna lengua antigua no hablamos como criptógrafos que han descifrado una clave. La filología y la criptografía son ciencias muy distintas. Cuando se descifra una clave, se descifra también el mensaje. Cuando se descifra una lengua sólo se da un primer paso en un camino arduo y largo.

»Digo esto porque quizás se han alimentado muchas esperanzas aquí. Contamos con muy pocos elementos: sólo unas pocas palabras y cifras; es una lengua que no tiene relación alguna con las nuestras, y sólo hemos tenido unas pocas horas para encarar el problema. Por consiguiente, aunque hemos podido extraer algún significado de las fotografías, quedan también muchos espacios en blanco y muchos enigmas. Proyectaremos la traducción en la pantalla, pues se entenderá mejor leída que oída.

Apagaron otra vez las luces y en la pantalla apareció lo siguiente:

Ensayo de traducción parcial de las dos primeras fotografías:

«—Codicioso lascivo (¿dedicado a?) (¿practicando?) (¿crímenes?) (¿muertes?) en masa - (tiempo) generaciones (¿de?) asesinato - (¿dócil?) (¿voluntario?) O cuando muestra placer - (¿títulos?) (¿que se llama a sí mismo?) (¿que se llama a sí mismo con jactancia?) hombre (¿o humanidad?) - (¿comparado con?) (¿igual a?) enfermedad (o plaga o moho) frente a (¿hermoso?) (¿rico?) planeta (o globo)—»

La voz del profesor Goldman intervino:

—Esta es la primera fotografía. Como ven ustedes, nuestra traducción es un ensayo muy incompleto. Los elementos son muy escasos. La palabra entre paréntesis y entre signos de interrogación es una deducción basada en muy pocos hechos. Ahora la segunda fotografía.

«—Fuerza (o violencia) comprendida (o resistida por) - hombre (o humanidad) - primitivo (o número 1) desarrollo de la (potencia o energía o máquina) atómica - (estación del espacio o pequeño planeta) - (no posesión referente probablemente a la estación del espacio) - (¿espacio exterior?) (¿vacío?) negativo (¿brazo largo?) (¿arma?) - (¿superstición?) (¿ignorancia?) (¿novedad?)—»

La inscripción seguía en la pantalla, y la voz de Goldman, baja, cansada y sin expresión, explicó:

—Encerraremos entre paréntesis varias palabras, una después de otra, cuando no hemos de decidirnos por una. Pero sólo una palabra se traduce…

Goldman calló. Los nombres de los seis filólogos aparecieron en la pantalla. Se encendieron las luces, pero el silencio pareció continuar la oscuridad anterior. Por fin, el Secretario de Estado se levantó, miró al Presidente, y le dijo al profesor Goldman:

—Deseo conocer su opinión, profesor. ¿Estos jeroglíficos son un engaño? ¿Tienen su origen en la Tierra? ¿O nos las tenemos que ver con marcianos?

—Soy un hombre de ciencia y un erudito, señor. Si no sé lo bastante, me abstengo de opinar. Y este es ahora el caso. Lo que he leído yo, lo ha leído usted.

—Usted lo ha examinado como filólogo —insistió el Secretario de Estado.

—Sí.

—Entonces, como filólogo, ¿opina usted que ese lenguaje proviene de la Tierra?

—¿Cómo puedo responder a esa pregunta, señor? ¿Qué vale mi opinión cuando los hechos son tan débiles?

—Entonces, díganos: ¿advierte usted alguna relación con algún idioma conocido de la Tierra?

—No, no la advierto —contestó Goldman, y sonrió un poco tristemente.

Se hizo otra vez el silencio. En ese momento apareció uno de los secretarios del Presidente y distribuyó copias de la declaración. Hubo un silencio más largo mientras todos estudiaban el documento. Luego, el embajador de Francia pidió la palabra.

—Señor Presidente —dijo—, miembros del gabinete y caballeros. Muchos de ustedes saben que mi gobierno discutió ayer este mismo problema. Tengo instrucciones de hacer cierto pedido, si la ocasión así lo reclama. Pido que hagan venir inmediatamente al embajador de la Unión Soviética.

La petición no llamó la atención ni sorprendió a nadie. Fueron en busca del embajador soviético. Cuando se presentó, declaró en seguida que también hablaría en nombre de la República Popular China, o se iría. El Presidente de los Estados Unidos reprimió una sonrisa y asintió. El embajador recibió un informe y una copia del documento, los leyó, y se inició la sesión, que continuó hasta las tres de la mañana del día siguiente. En ese lapso se presentaron treinta y dos especialistas, que dieron su opinión o testimonio y se marcharon. La sesión se interrumpió luego durante cinco horas, y volvió a reunirse con la presencia de los representantes de la India, China, Gran Bretaña, Italia y Alemania hasta las seis de la tarde del miércoles. Al día siguiente se convocó a una reunión extraordinaria de la Asamblea de las Naciones Unidas. Para entonces el profesor Goldman, con la ayuda de filólogos japoneses, chinos y rusos, había terminado una traducción completa. Antes que esa traducción se publicase en la prensa internacional, fue puesta a disposición de todos los delegados de la Asamblea de las Naciones Unidas.

El sábado, sólo una semana después que el sargento Bristol hubiese forzado la puerta de la tienda, el jefe del gobierno hindú habló en las N.U.

—Es realmente irónico que nosotros —dijo con cierta tristeza—, condenados tan bárbaramente por otro planeta, otra cultura y otra gente, reconozcamos que hay mucho de verdad en esas acusaciones.

»¡Qué cerca hemos estado, tantas veces, de la destrucción que mencionan esas gentes de otro mundo! ¡Y ahora nuestro sueño de un pacífico porvenir tiene que ser dejado de lado, acaso para siempre! ¿Servirá de consuelo que debamos unirnos para luchar contra un enemigo común y no entre nosotros? Ruego que así sea, pues mi país, no sin profundo pesar, renuncia hoy al débil escudo de la neutralidad al que se ha aferrado tan desesperadamente. Caballeros, la India está con ustedes; millones de hindúes participarán en la defensa común de la madre Tierra. Las fábricas y minas inadecuadas de la India están a disposición del mundo y espero, de todo corazón, que haya tiempo para construir más.

Luego hablaron los representantes de Rusia y de los Estados Unidos. China y ocho países fueron admitidos en las Naciones Unidas sin votos en contra; pero esto sólo fue el comienzo de una serie de actividades que llevaron, dentro del mes, a la creación de una Unión Mundial del Espacio; es decir, un plan internacional para la construcción de cuatro grandes estaciones en el espacio que circunda a la Tierra, una poderosa flota de naves espaciales a propulsión atómica y una base de defensa militar en la Luna, bajo el dominio de las Naciones Unidas. Se ordenó un plan de defensa de tres años y, como habían pronosticado tan pocos, se organizó un gobierno mundial con verdadero poder soberano y miembros de todos los países del mundo.

Menos de tres meses después del descubrimiento de la película, se redactó el primer código mundial y fue presentado a las N.U. Los anticuados y herrumbrosos buques de las marinas de guerra, la artillería desechada e inútil, los ya arcaicos proyectiles teleguiados, las risibles armas ligeras… todo atestiguaba el comienzo de un gobierno mundial.

Y en menos de un año, la Culpepper Motors, importante empresa industrial, anunció que había duplicado el motor atómico marciano. Los habitantes de la Tierra rieron y aplaudieron. Cuando contemplaban en el firmamento el pequeño globo rojo de Marte, sentían cada vez más confianza y menos temor.

Pues habían descubierto un nuevo nombre para ellos mismos; habían descubierto que eran la nación de la humanidad. Era un comienzo tosco, chapucero e incómodo en muchos aspectos, pero no obstante un comienzo. Y en toda la Tierra se celebró ese comienzo de muchas maneras.

En la residencia de Franklin Harwood Plummer, de ochenta y tres habitaciones, situada en medio de una propiedad de mil cien acres en el Estado de Nueva York, el comienzo fue celebrado también adecuadamente, de acuerdo con el lugar y las circunstancias. El señor Plummer podía dar y daba comidas grandes e importantes, de las que no informaba a la prensa, lo que no dejaba de tener relación con su dominio de gran parte de la prensa, entre otras cosas. Pero la reunión de aquella noche era numerosa y extraordinaria, aún para sus aristocráticos salones, pues se encontraban allí trescientos veintisiete hombres y mujeres, aparte del señor Plummer y los dieciocho miembros del directorio de la Culpepper Motors.

A los cincuenta y ocho años de edad, el señor Plummer era el presidente de la Culpepper Motors, con un valor neto de quince mil millones de dólares, y un valor industrial privado sólo superado en el mundo por la American Tel. & Tel.; pero si hemos de señalar las instalaciones y las diversas influencias de los diecinueve miembros del directorio, ese valor crece tanto que llega a carecer de sentido. Nada podría definir mejor al señor Plummer, patrón nominal de esa empresa gigantesca, que su propia historia. Se había iniciado, treinta y cinco años antes, como tornero en el viejo taller Lewett, y había luchado, y había aplastado a sus rivales, y se había abierto camino hasta la cima.

Ni siquiera era estimado en sus propios círculos, aunque se le temía y respetaba. No tenía familia ni título universitario, e impresionaba a todos como un intruso extraño, violento y desconcertante. Era un hombre alto y grueso, rubicundo y canoso. Sentado en un extremo del

comedor de su vasta residencia, relataba que ni siquiera sabía jugar golf. Sus trescientos veintisiete invitados y sus dieciocho colegas sonreían ligeramente.

—No —continuó el señor Plummer—, no sé jugar al golf ni al tenis. He sido siempre lo que ustedes llamarían un hombre preocupado, con una preocupación: ganar dinero. Disfruto ganando dinero. Me acusan de codiciar el poder. ¡Tonterías! Mi codicia se resume con una palabra sencilla y sucia: dinero. Lo he codiciado siempre, y seguiré codiciándolo. Desconcierta a mis dieciocho colegas que se sientan aquí a mi lado que yo sea tan descortés e innoble; pero agradezco a los posibles dioses que la buena educación no me haya inhibido nunca. También quiero señalar dos cosas. En primer lugar, la cuestión del dinero: lo he conseguido. No sólo he podido asegurar la existencia de la Culpepper Motors, sino que además he podido reunir bajo este techo a la mejor colección de seres humanos que pueda proporcionar la humanidad. No intentaré explicar lo que esto significa para mí, lo que ha significado conocer a las trescientas veintisiete personas aquí presentes y trabajar con ellas. Creo que ustedes pueden suponerlo.

»En segundo lugar, he dicho lo que he dicho para consolar a quienes han cooperado en nuestra empresa y han recibido su paga… y contra aquellos que no han querido aceptar dinero. Los que recibieron dinero pueden tener cierto sentimiento de culpa. Es una tontería. Nadie hace nada sólo por dinero; siempre hay otros factores. Yo me metí en esto, lisa y llanamente, por los dólares, y lo mismo hicieron mis colegas del directorio. Pero entre tanto, todos hemos cambiado. Mis colegas pueden dejar de desear mi muerte. Yo los quiero por lo que son ahora, y no por lo que eran cuando iniciamos esta empresa, hace dos años.

»Se sienta entre ustedes un tal Jonas Wayne, de Kentucky. Es un hombre chapado a la antigua, y quizás el mejor orfebre de los Estados Unidos. Sin él nuestra empresa hubiese sido más difícil, si no imposible. No obstante, no ha querido recibir un dólar, ni siquiera para los gastos. Es un hombre temeroso de Dios, y decía que trabajaba para Dios y no para mí. Quizá así sea. En la misma mesa se sienta el señor Orendell, el embajador de Francia. No es un hombre rico, y se le han pagado los gastos. Aquí no tenemos secretos. Vivimos y morimos conociéndonos, como una fraternidad, única en su especie. El profesor Julius Goldman —tenga la bondad de levantarse, profesor—, era, como ustedes saben, esencial para todo nuestro plan. No le fue difícil descifrar la escritura marciana, y mucho menos inventar, la tarea que llevó más horas de trabajo que la fabricación del motor. No quiso recibir dinero, no porque sea un hombre religioso, sino porque, como él dice, es un hombre de ciencia. Komo Aguchi —está sentado en la mesa con el doctor Goldman— aceptó cien mil dólares, que invirtió en tratar de curar a su esposa, que se muere de cáncer. ¿Lo juzgaremos, o pondremos al cáncer en el orden del día?

»¿Y qué haremos con el sargento de policía Tom Bristol? ¿Es un policía honesto o deshonesto? Aceptó cuatrocientas acciones de la Culpepper Motors, un centenar por cada uno de sus hijos. Quiere que vayan a la universidad, e irán. La señorita Clementina Arden, probablemente la mejor decoradora de la Tierra, y de Marte, nos cobró cuarenta mil dólares por su decoración. El precio era razonable. Era una mujer de negocios perspicaz, ¿y quién podría cuidar mejor que ella de sus propios intereses? Sin embargo, rechazó muchos otros trabajos.

»Bueno, mis buenos amigos, damas y caballeros. No volveremos a reunirnos. Mi padre, que fue obrero toda su vida, dijo una vez que si yo abría una tienda, aunque fuese una tienda pequeña, no dependería de los tontos caprichos de un amo. Quizá tenía razón. Bueno, abrí tres

tiendas con la ayuda de ustedes. El costo total, si les interesa saberlo, fue de veintiún millones de dólares. Hicimos una inversión inteligente, no me importa decirlo. Los beneficios de la Culpepper Motors en los próximos tres meses multiplicarán por cinco esa cantidad. Y creo que nuestras tres tiendas han hecho algo que hombres más sabios no pudieron hacer.

»Nada más. Muchos de ustedes lamentarán que no se alcen monumentos a nuestra obra. Yo pienso que cuando la riqueza de un hombre llega a cierto punto, conviene que no salga de las sombras. Sí, guarden el secreto, pues no sólo nadie les creería, sino que además se reirían de ustedes…

Pasó el tiempo, y un día se discutió el destino del único objeto de valor que habían dejado los «comerciantes del espacio», como se los llamaba ahora: las letras de oro puro. Las de la tienda de la Quinta Avenida fueron expuestas al fin en una vitrina de las N.U. De modo que los visitantes de las Naciones Unidas, o de los museos nacionales de Francia o del Japón, tienen siempre adelante una advertencia en letras de oro: PRODUCTOS MARCIANOS.